UN LINDO CRIMEN

Roberto J. Payró



-No crean ustedes -observó Maître Van Wintham, ex-juez de instrucción - que voy a contarles una historia a lo Poe, a lo Gaboriau o a lo Conan Doyle. Al decir "lindo crimen" sólo pienso en las situaciones realmente dramáticas y asaz románticas surgidas de un hecho vulgar, o que, por lo menos, se debate con frecuencia en las Cours de Assieses.

Iniciaba yo mi carrera de juez de instrucción de Amberes, cuando fui invitado a las bodas de mi amigo Luis Delandsheere con la señorita Amelia Van Moerdick, preciosa rubia perteneciente a una de nuestras más viejas y ricas familias flamencas. Estaban muy enamorados uno de otro, y parecían destinados a la felicidad más completa. Luis era joven, buen mozo, instruido, caballeresco; Amelia era toda una belleza, elegante y fina, muy bondadosa y recta, lo que no la impedía tener un carácter enérgico, arrebatado en ciertas ocasiones.

Después de las fiestas, que fueron brillantísimas, y del inevitable viaje de bodas, seguí frecuentando a los Delandsheere - Moerdick, cuyo palacete de la Plaza Verde era el punto de reunión de la alta burguesía amberense. Los jóvenes esposos tenían una verdadera corte: todos los hombres solteros o no, cortejaban a Amelia, todas las mujeres se disputaban a Luis. Pero ningún nublado empañaba su dicha porque se querían - y se quisieron siempre - muy de veras.

Desgraciadamente - para abreviar - si Madama Delandsheere era lo que suele decirse una fortaleza inexpugnable, su marido, todavía demasiado próximo a un celibato cuajado de aventuras amorosas, de "buenas fortunas", no atribuía gran importancia a un navajazo dado por el y de pasada, al contrato matrimonial. Y lo dio. Indújole a ello, con sus coqueterías y provocaciones, la linda viuda Elena Van Emelghem, en cuyas venas debía de correr mucha sangre española, a juzgar por su hermosura de morena y por el ardor de sus pasiones. Y lo peor es que, entusiasmado con el jueguito, Luis multiplicó los tajos a la partida de casamiento aunque siguiera tan enamorado como antes de su rubia esposa que nada sospechaba todavía.

El 20 de Diciembre a las cinco de la tarde - ya era completamente de noche, fui llamado con urgencia por la policía a una quintita del suburbio, donde acababa de cometerse un crimen. La casa situada sobre el camino de Malinas era pequeña, y la rodeaba un jardinillo, despojado ya por el Invierno. Sólo había luz en una habitación del piso bajo, una de cuyas puertas - ventanas estaba abierta a pesar del frío.

Los agentes de guardia a la entrada del edificio, me condujeron a dicha habitación, donde aguardaba ,el comisario...

Me quedé helado en el humbral, pues de una sola mirada había visto a Luis Delandsheere desplomado, en una silla, y a Elena Van Emelghem, semidesnuda en el lecho revuelto, y lleno de sangre... En el suelo, junto a la ventana abierta se veía una pistola Browning.

-Señor juez. . . - comenzó a explicar el comisario.

Pero yo estaba junto a Delandsheere que alzó cabeza y me miró con ojos extraviados.

-¡Qué fatalidad!! - tartamudeó. - Un arrebato... un rapto de locura... ¡Y la he asesinado!

Examiné de una hojeada la habitación, el arma, la posición del cadáver, la puerta abierta...

- -El mismo fue a entregarse a la Permanencia de la Policía dijo el comisario. Parecía desesperado por lo que ha hecho.
- -Señor le repliqué. La estrecha amistad que me une al señor Delandsheere me obliga a no entender en este asunto. Avise usted a mi colega Van Newenhuyse; el verá, tan claro como lo veo yo, que el señor Delandsheere no es el asesino.
- -¡Desgraciado! murmuró Luis con acento de dolor y de queja. ¡No diga usted eso, por amor de Dios! ¡Yo, sólo yo, soy el culpable!.. .
- -Sin embargo. . . traté de insistir.
- -¡Si es usted mi amigo no diga una palabra más! suplicó enérgico, mirándome a los ojos, como si quisiera sugestionarme. -¡Es justo que pague mi culpa, ... mi crimen quiero decir!. ..

Al retirarme lancé otra mirado a la habitación. El cadáver de Elena yacía a la orilla del lecho, precisamente del lado de la puerta abierta, en cuya cerradura se veía una llave en la parte exterior. La herida en

la sien que le había dado muerte se hallaba del mismo lado. En la nieve que cubría ligeramente el jardín había huellas de pasos...

Tomé el carruaje y me precipité a casa de mi colega Van Niewenhuyse, condiscípulo y amigo mío.

-Delandsheere - le dije - quiere cargar con el crimen de otro... con el crimen de... no me animó a decírtelo. . . tú veras...

Es un caso delicadísimo, un caso de conciencia... Arréglatelas lo mejor posible para salvar a ese desgraciado que, indudablemente, no es culpable.

Y le comuniqué mis observaciones... haste mis sospechas.

Ustedes ya han adivinado esas sospechas, adivinando al propio tiempo la verdad. Si: la "esposa ultrajada", Amelia Delandsheere, había dado muerte a su rival, Elena Van Edelghem, sorprendida en el lecho. En su corte de adoradores no faltaba hábiles que le denunciarían la infidelidad proponiéndole dulce desquite, y en las filas de sus émulas abundaban las "almas piadosas" que le revelaron su desgracia para poder llorarla con ella. Amelia enfurecida sobre todo por lo que llamaba "la hipocresía de Luis", amante siempre, decidida a perder a su esposo antes que compartir su amor con otra, no tardó en averiguar donde eran las citas, visitó la casa con un pretexto, consiguió una llave falsa del jardín haciendo copiar la que substrajo por unas horas a Delandsheere, se armó de una pistola y... lo demás no hay para que contarlo.

Mientras mi colega Van Niewenhuyse instruía el sumario Y Delandsheere estaba, naturalmente, incomunicado, Amelia permaneció en su "hotelito" de la Plaza Verde, sin recibir a nadie, ni parientes ni amigos. Yo traté de verla varias veces, la escribí encareciéndole la utilidad de hablar conmigo - todo fue inútil. Era como si ella también hubiese muerto.

Van Niewenhuyse, que me hacía sus confidencias, estaba desesperado. Convencido como yo de que la culpable era Amelia, había dicho a Delandsheere que, en tal caso, nada debía temer por ella, pues, habiéndolos encontrado infraganti, el jurado la absolvería por unanimidad. El pobre Luis negó con más empecinamiento y violencia que nunca. Y cuando el juez le habló de las huellas en la nieve:

- -Eran los pasos de mi amante replicó
- -Pero la Browning... ¡Esa Browning la compró su esposa en la armería de la plaza Meir!
- -Yo le pedí que la comprara, pretextando que iba a salir de viaje... ¡Nada tiene que ver mi esposa en este asunto! Demasiado sufre la desdichada por mi culpa. ¡Déjenla ustedes, en paz por Dios!
- -¿Pero que móvil lo ha impulsado al crimen? ¡Diga, hable usted!
- -¿Para que repetirlo? Yo mismo no lo sé. . . Un acceso de locura erótica... de sadismo.
- -Un acceso preparado de antemano, ¿premeditado?
- -Lo que usted quiera.

El informe de los médicos psiquiatras le declaró en pleno goce de sus facultades mentales, llamando la atención sobre su serenidad y lucidez. Esto lo probó cuando la reconstrucción de la escena, en la que no dejó detalle sin explicar ni duda por desvanecer: la había estudiado bien a fondo en a soledad de la celda, más a fondo de lo que hubiese estudiado sus coartadas un astuto criminal.

-¡Para que tanto investigar - decía con helada ironía - cuando yo mismo me confieso culpable!. . .

Cerrado el sumario y pasado a la Cámara de Acusaciones, levantóse la incomunicación a Delandsheere. El mismo día Amelia pidió permiso para visitarle, y naturalmente lo obtuvo. La vi entrar en la cárcel pálida, enflaquecida, con ojos que las grandes y hondas ojeras azules hacían más brillantes. Estaba más hermosa que nunca y evocaba, con su porte altivo, a la María Antonieta yendo al cadalso de los cuadros y estampas realistas. Pidió que la dejaran sola con su marido, que la miraba sin decir palabra, con ojos de dolor y de reproche, - según la opinión no muy fehaciente del carcelero que me contó. Este hombre no pudo ver ni oír lo que pasó entre los esposos, pero imaginé una escena poco trivial por cierto, una de esas escenas de amor y de dolor que nos empañan los ojos en el teatro y que luego tachamos de inverosímiles. El hecho es que cuando el defensor de Luis, advertido de la visita, se presentó en el calabozo tratando de aprovechar la coyuntura para salvar a su cliente, halló a la joven de pié, con los brazos cruzados, en actitud inexorable, y a su marido, lejos de ella, como anonadado bajo el peso de sus acusaciones.

Amelia Delandsheere no volvió más a la cárcel.

Abreviando: la Cámara de Acusaciones resolvió que la causa se debatiese en la próxima Cour de Assises y pasó el sumario al Procurador del Rey, Maître De Boeck, quien requirió, en una vibrante acta de acusación, la pena de muerte contra Luis Delandsheere, culpable de asesinato premeditado y alevoso. Aunque le pena de muerte está abolida de hecho en Bélgica, la noticia conmovió profundamente a la burguesía y el pueblo de Amberes.

Las sesiones de la Cour de Assises son, en general, solemnes, pero las de aquel año resultaron majestuosas.

Asistía a ella todo el Amberes notorio y rico, pero la sala del tribunal no se convirtió por eso, como suele suceder, en bullicioso sitio de reunión mundana. La sociedad sobrecogida, parecía respirar un ambiente trágico de angustia y de misterio. La vehemente requisitoria del procurador de Rey, Maître de Boeck, fulminando sin piedad a Delandsheere en nombre de la moral social, y exigiendo contra él la última pena, produjo, a pesar de su elocuencia, una impresión penosa y provocó en el público vagas manifestaciones de desaprobación. Más feliz fue, en su exposición, el juez de instrucción Van Niewenhuyse, sobre todo porque, desde las primeras palabras sugirió la idea de un misterio aunque el crímen pareciese tan vulgar y tan claro. Había en los hechos - declaró - algo de ilógico, algo que solo se podría explicar si se tratara de un demente, y Delandsheere, a todas luces, no lo era. El joven abogado de la "parte civil" - deudos de Elena Van Emelghem que la heredaban y querían agradecerle de algún modo la inesperada ganga - provocó más de una sonrisa burlona con sus encomios desmedidos a las cualidades de la pobre muerta. Yo, citado como testigo de cargo, lo mismo que el comisario de policía, hablé más o menos como mi colega, Van Niewenhuyse, insistiendo sobre la posición del cadáver, las huellas del jardín, el carácter caballeresco y bondadoso del acusado, y con mis palabras aumenté si cabe, la sugestión de misterio que ya reinaba en el público. "No lo creo culpable", dije. Pero el jurado, compuesto de viejos comerciantes amberenses poco amigos de novelas y de sentimentalismo, se mantenía impasible, casi hostil desde el primer momento: no les gustaban los dramas domésticos rematados en sangre. El fastidioso desfile de los testigos de cargo y de descargo que, naturalmente, nada sabían del drama, - hizo bostezar al público y pareció agravar la malevolencia del jurado. Cuando llegó el turno al armero de la plaza de Meir, un alemán llamado Schum, éste declaró que, al comprarle la pistola Browning, Madame Delandsheere le dijo: "Quiero dar una sorpresa a mi marido... aunque digan que regalar armas es desgracia: yo no creo en esas paparruchas. . ."

- -No era mala sorpresa añadió el alemán.
- -Mal pudo decirlo gritó indignado Delandsheere, porque yo acababa de encargarle la compra de la pistola.
- -Es cierto apoyó Amelia, citada, también, como testigo, él me la había encargado.

No pude reprimir un movimiento de indignación...

Amelia no fue molestada, ni casi interrogada sino pro forma: se respetaba su dolor. En cambio Delandsheere se vio sometido a durísima prueba, por más que se encerrara en la eterna afirmativa, como otros acusados en la negativa eterna.

-Teníamos con madama Van Emelghem continuas y a veces terribles disputas - declaró. -Pretendía que yo amaba demasiado a mi esposa, y exigía que me separara de ella. No creo insultar su memoria diciendo que sólo me unía a Elena una aberración de los sentidos, y que mi amor estaba - y está en otra parte. Pero ella no quería comprenderlo así, y se me hacía tan importuna, tan exigente, que un día no pude más y... la maté. Eso es todo.

No pudo sacársele de ahí. Ni objeciones irrefutables, ni preguntas más o menos capciosas - que la ley repudia, - pero que la práctica utiliza - lograron conmoverlo ni turbarlo. El, solo él, había asesinado a Elena Van Emelghem... porque sí.

La "parte civil y el Procurador del Rey volvieron a la carga con ímpetu arrollador, aprovechando el terreno tan bien preparado para la más implacable "vindicta pública". El defensor de Delandsheere,

Maître Conrardt, estuvo admirable, y en su peroración conmovió al jurado, diciendo que no debía ni podía condenar a un inocente mientras el culpable reía disimulado en la sombra - y al decirlo miró a Amelia, perdida entre los demás testigos, demacrada, muda, inmóvil, como una muerta. El jurado se retiró a deliberar, y media hora después su presidente leyó el veredicto condenatorio, que ni siquiera admitía circunstancias atenuantes...

Me precipité a la puerta de la sala para esperar a Amelia; tenía necesidad de penetrar en el alma de esa mujer. Salió erguida, impasible al parecer, pero rígida como un autómata. Muchas señoras y otros tantos caballeros la rodeaban, presentándole sus molestas condolencias. En cuanto me vio se asió de mi brazo.

-¡Líbreme usted de importunos! - exclamó bien alto, para que todos la oyeran.

La acompañé hasta su carruaje, que aguardaba a la puerta del Palacio de justicia. No me había hablado palabra, pero al despedirse dijo:

-Venga a verme dentro de un mes: tengo que pedirle consejo.

Fui puntual por compasión hacia Luis, por una como malsana simpatía hacia Amelia, y también -quizá sobre todo ¡Dios me perdone! - por curiosidad. ¿Qué iba a decirme madama Delandsheere? ¿Qué consejo esperaba de mí?

-Yo he asesinado a Elena Van Enielghem me confesó exabrupto en cuanto estuvimos solos.

-Ya lo sabía - repliqué.

Se quedó mirándome, atónita, luego bajó los ojos y trató de explicarme, con voz profunda su amor, sus celos, su desesperación, su malbaratada para siempre, su locura vengativa

- Iba resuelta a matarlo junto con ella, pero me faltó valor. Después, cuando se entregó a la justicia acusándose él mismo, se me ofreció la manera de completar la venganza haciéndole cárcel y el escarnio, pero sin perdonarle tampoco. Así, cuando pude verlo en la cárcel le dicte la sentencia: "Tengo como lo sabes, tu absolución en la mano - le dije - con una palabra mía quedarías inmediatamente en libertad. Diré esa palabra. No, no protestes, mi resolución es irrevocable. Pero

no pienso pronunciarla todavía. Quiero que sufras, quiero que pagues cuanto me has hecho sufrir. Quiero que te abrume la doble vergüenza de verte condenar primero, y de ver condenar enseguida mujer que lleva tu nombre!:... "¡Oh señor Van Wintham! no crea usted que me arrepiento yo también... ¡yo también he muerto asesinada por Elena y por él! ...

Respeté largo rato su silencio, y luego le pregunté con severidad:

-¿Y qué consejo aguarda usted de mí, señora? ¿Todavía la anima el deseo de vengarse?

-¡Oh! mi venganza todavía no está completa -contestó febrilmente.-Es preciso que yo ocupe el lugar de Luis; es preciso que "él" me vea arrastrada ante un tribunal, encerrada en una cárcel! ¿Cómo puede hacerse la revisión del proceso, anular la sentencia? ¿A quién debo revelar la verdad, toda la verdad? Ese es el consejo que aguardo de usted.

Yo no debía ni quería aparecer a sus ojos como colaborador de su venganza; pero ésta y la justicia se confundían en la emergencia. Condené, pues, su extravío, su rencor implacable - exceso de amorpero le indiqué el procedimiento que debía seguir para libertar a su marido inocente. Y, para no desalentarla, callé mi convicción de que resultaría absuelta. Yo mismo me encargué de presentar ante la Corte de Casación de Bruselas, el "hecho, nuevo" de la confesión de la verdadera culpable, Amelia Delandsheere, corroborada por la declaración del cerrajero que le hizo la llave falsa y por otras pruebas de menor cuantía. La tramitación fue larga porque a la justicia no le gusta equivocarse, o mejor dicho, convenir en que se ha equivocado. Pero al fin se revocó la sentencia condenatoria de Amberes, y el proceso pasó a la Corte de Assises de Bruselas.

Comparecieron Amelia y Luis, pero trocados los papeles: Amelia como acusada, Luis como testigo y presunto cómplice. Entre los figurábamos muchos llamados declarar también, a Niewenhuyse y yo. Fortalecido por la confesión plena de Madama Delandsheere contribuí eficazmente a restablecer los hechos tal como los había sospechado en un principio y tal como eran en realidad, pero logré demostrar que, ciega de celos, la esposa ultrajada había obedecido a explicable pasión convirtiéndose en homicida sorprender infraganti al a sus ofensores.

Niewenhuyse abundó en el mismo sentido y el abogado defensor Maître Edmundo Picard, hizo lo demás con su reconocida elocuencia y eficacia.

Era difícil que el jurado respondiese "no" a la primera pregunta: "¿Ha habido homicidio?" en cuyo caso Mma. Delandsheere no escaparía al presidio más o menos largo. Era difícil, también, porque a los jurados, hombres al fin, no les agrada que las esposas maten a sus maridos o a las amantes de éstos, sobre todo desde que se puede divorciar. Pero la actitud de Amelia, análoga a la de Luis en el proceso anterior, el cuadro que, en pocas palabras sencillas y conmovidas, hizo de su amor, sus celos y su desesperación, le captaron universales simpatías. Tanto que, después de deliberar dos horas largas, el jurado que había discutido acaloradamente, volvió con un veredicto absolutorio, por unanimidad, salvo una disidencia que establecía el homicidio, pero admitía las circunstancias atenuantes.

Y Maître Van Wintham cerró su relato diciendo: - Una vez en libertad los esposos Delandsheere - Van Mierdick volvieron a unirse. Pero la misma pasión de Amelia se había extinguido: fue demasiado lejos. Han acabado de separarse de mutuo acuerdo, y ahora ni se ven. Tal es mi historia. La habré contado mal, pero confiésenme ustedes que el crimen, es "un lindo crimen".

